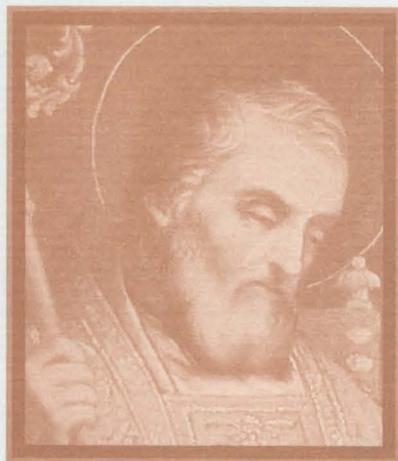




UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU



*Humanismo y Comunicación
en la Literatura*

por

*María Dolores de Asís Garrote
Catedrática de la Universidad San Pablo CEU*

Conferencia

Festividad de San Isidoro de Sevilla, 23 de Abril de 1997



HUMANISMO Y COMUNICACIÓN EN LA LITERATURA

"La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las demás ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella... Y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviera a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo" (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, II, cap. XVI)

El tema de la comunicación en la literatura ronda el corazón del Humanismo. Y esto se puede afirmar desde una doble perspectiva:

- por lo que ha significado la literatura sobre todo en sus obras cumbres;
- por lo que posee el lenguaje literario de expresión de la esencialidad de la "humanitas".

Es bien sabido que el lenguaje es el instrumento que caracteriza la comunicación humana. Y también lo es que la lengua literaria representa, en el terreno de la comunicación, un segundo grado de la lengua, caracterizado por un índice mayor de capacidad comunicativa. De aquí que se hable de la literatura como camino de conocimiento. A medida que se potencia la comunicación se agranda el campo del intercambio comunicativo, pilar fundamental del conocimiento humano.

Por ello ha podido afirmar Carlos Bousoño en su obra *Teoría de la expresión poética* (Gredos 1952), que *"la poesía es en su primera etapa un*

acto de conocimiento (conocimiento de lo singular psíquico por medio de la fantasía) y en su etapa postrera, un acto de comunicación, a través del cual ese conocimiento se manifiesta a los demás hombres”.

Desde otro gran autor, en este caso el filósofo Heidegger, además de haber definido la palabra como casa del ser, en su Carta a un humanista, podemos llegar a las mismas conclusiones que las enumeradas por Bousoño, cuando en la serie de ensayos recogidos en *De camino al habla* (Barcelona, “Odos”, 1987, p. 15) afirma que lo hablado puro es el poema, en cuanto que en el lenguaje literario se consigue la perfección del hablar. Y esta perfección del hablar se entiende como capacidad para penetrar en el conocimiento personal y en el conocimiento del mundo.

También George Steiner en *Presencias reales* (Barcelona Ensayos/ Destino, 1992, pp. 172 y ss.) se expresa en este sentido, partiendo del misterio que rodea el mundo y el conocimiento personal:

“Más allá de la fuerza de cualquier otro acto testimonial, la literatura y las artes hablan de la obstinación de lo impenetrable, de lo absolutamente ajeno a nosotros con lo que tropezamos en el laberinto de la intimidad”(p.172).

Si aquí Steiner se refiere a la capacidad que la literatura, en cuanto arte, posee de apuntar hacia el misterio humano, en páginas siguientes lo reafirmará añadiendo la capacidad catártica del arte:

“El encuentro con lo estético es, junto con ciertos modos de experiencia religiosa y metafísica, el conjuro más ingresivo y transformador a que tiene acceso la experiencia humana” (p.176).

En la p. 275, casi al final de la obra y en lenguaje conclusivo escribe:

“Todo arte y literatura de calidad empiezan en la inmanencia. Pero no se detienen ahí. Y esto significa, sencillamente, que la empresa y privilegio de lo estético es activar en presencia iluminada el continuum entre temporalidad y eternidad, entre materia y espíritu, entre el hombre y el “otro”. En este sentido exacto y común la poiesis se abre a lo religioso a lo metafísico, y está garantizada, asegurada por ellos. Las preguntas “¿qué es la poesía, la música, el arte?”, “¿cómo pueden no ser?”, o “¿cómo actúan sobre nosotros y cómo interpretamos su acción?” son, en última instancia, preguntas teológicas” (p. 275).

Pero esta cualidad y capacidad de comunicación y de conocimiento que posee la literatura no se agota en el autor, sino que se traslada al lector que, a su vez, en cierta medida se convierte en creador por su capacidad de interpretación y realiza en sí mismo el proceso llevado a cabo por el autor.

Así la relación entre la literatura y la comunicación se muestra enriquecedora para ambos términos, a la vez que descubre otra forma de plantear esta relación: la que existe entre humanismo y literatura.

■ HUMANISMO Y LITERATURA

La literatura como camino de conocimiento la defendió en un breve ensayo Dámaso Alonso (Literatura y educación Madrid, Castalia, 1974, pp. 9-17), en el que escribió:

“La lectura modifica al hombre en su inteligencia, en sus afectos, en su voluntad: toda la esfera moral de nuestro ser. Toda lectura, y en grado más intenso, la lectura de esa porción nuclear o centro de lo que llamo literatura”.

Se refiere, en estas últimas palabras, a las obras cumbre de la literatura universal: Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, etc. Y continúa:

“El hombre interpreta el mundo, y se interpreta a sí mismo, por medio del lenguaje, que le proporciona las primeras nociones inmediatas de su posición y significación en el Universo. La experiencia vital las profundiza por reiteración y las amplía. Una segunda comprensión más profunda se gana por la literatura, por todos los tipos de literatura, desde los arrabales de ella hasta su núcleo”.

Pero la literatura no solo enriquece el ámbito de lo conceptual en el hombre, sino el ámbito de los sentimientos, mediante la emoción estética, y ésta emoción, a su vez, influye en nuestra voluntad. Aquí radica la función catárquica de la literatura.

■ ORÍGENES DEL HUMANISMO

No es extraño que espontáneamente surja la vinculación entre literatura y humanismo. En este punto cabe situar la pregunta de qué entendemos por humanismo.

Se puede decir que lo que entendemos en la cultura occidental por humanismo nació en la Grecia clásica, aunque la palabra humanismo en la acepción de uso hoy corriente se acuñó a principios del siglo XIX, y se viene utilizando haciendo hincapié en los valores y problemas humanos.

El término humanista, sin embargo, que apareció en el siglo XV y fue de uso común en el XVI, se refería al maestro o estudioso de los "studia humanitatis", denominación ésta aún más antigua que la de humanista que se derivó de aquí.

Los "studia humanitatis" comprendían cinco materias, según se desprende de los documentos escolares y universitarios del siglo XV: gramática, retórica, poética, historia y filosofía moral. Pero el carácter con el que se estudiaban y el campo de saberes que abarcaban - ya que el conocimiento de estas disciplinas se adquiría fundamentalmente a través de la lectura de los autores, tanto de la antigüedad como los de aquel presente - incidían directamente en la visión del hombre y del mundo de su época, como lo demuestra el hecho de que fueran "humanistas" los hombres más creadores de la cultura renacentista.

Pero volvamos a la raíz del concepto que se remonta a la Grecia de los siglos V y IV antes de Cristo. Entre los numerosos autores que han contribuido a la creación y arraigo de la noción de humanismo hay que citar a los poetas líricos: Píndaro, Baquílides y Simónides; a los dramaturgos: Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, a los historiadores: Herodoto, Tucídides y Jenofonte, además de los sofistas, de los oradores, de los profesores de retórica. Isócrates y los sofistas son tenidos como padres del humanismo. Ciertamente fueron los creadores de la teoría de una educación y de la idea de una cultura, de un ideal de formación intelectual, demasiado formalista.

Es más deudor el humanismo, sin embargo, de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, sin olvidar la influencia de Hipócrates.

Los autores latinos han sido también forjadores de la “humanitas” - un concepto interesante, que nace en un pueblo de cultura rústica, y por tanto emparentado con el “cultivo”, en este caso, de lo más humano, propio del hombre, que éste posee, en clara diferencia con el reino vegetal y animal que completan el ámbito de la realidad. Concepto diseñado desde Catón, pasando por los poetas, Ennio, los grandes Virgilio, Horacio, Ovidio, y los líricos, entre los que descuellan Catulo, Tibulo y Propercio.

También la comedia de Plauto y Terencio, y la tragedia de Séneca y Lucano; y los escritos filosóficos de Cicerón, de Séneca; y los historiadores, sobre todo Tito Livio y Tácito.

La tradición de la cultura griega se recibió en Roma como expresión de una tradición universal, fundada en la naturaleza humana maravillosamente explicitada en el pensamiento filosófico y moral, y manifestada también en la poesía y en las artes plásticas. “Yo - escribe Cicerón en los últimos años de su vida - *he unido siempre para mi propia formación los estudios latinos con los griegos: no solo en filosofía, sino también en la práctica de la oratoria*”.

Su obra filosófica y sus tratados de retórica perseguían esta finalidad de fundir la cultura griega y la latina en un cuerpo de pensamiento coherente y unitario.

A Horacio, que se expresa en el mismo sentido, le debemos aquellos famosos versos del primer poema del libro segundo de sus *Epístolas*: “*La Grecia vencida conquistó a su fiero vencedor e introdujo la cultura en el Lacio*”.

“*Estas expresiones y otras similares -afirma Antonio Fontán en su obra Humanismo romano (Planeta 1974, p. 17) - son, en definitiva, el acta de nacimiento de la tradición clásica. Lo sustancial de ella es una actitud espiritual según la cual las realizaciones magistrales del pasado son una inspiración y un punto de partida. Y el desarrollo histórico del pensamiento no es una acumulación lineal de aportaciones sucesivas e inconexas, sino un planteamiento, continuamente renovado en profundidad, de las grandes cuestiones permanentes*”.

■ VALORES HUMANOS EN LA LITERATURA CLÁSICA

Sería relativamente fácil recoger un florilegio de citas de griegos y latinos referentes al humanismo, lo que permitiría ver, entre otras cosas, como evoluciona el concepto desde Píndaro hasta el final de la antigüedad clásica, pero excede a nuestro propósito.

Que el hombre es más importante y que vale más que su medio y sus posesiones - hoy se ha hecho famosa una expresión de un escritor actual, expresión de vieja raigambre humanística, "*vale más ser que tener*" (Erich Fromm) - tal es la creencia del humanismo clásico, que toma al hombre como fin, por lo que nunca desespera de él.

Esta constancia del hombre como centro de referencia, este interés pronunciado y permanente que se encuentra en las obras de los clásicos por lo humano y por todas las formas de lo humano, presupone una fe en el hombre, un ideal del hombre y para el hombre.

Pero el hombre griego era un ciudadano, había nacido en la ciudad; y en tanto que hombre en la ciudad, sin acepción de pueblo o raza, ciudadano del mundo, como se define en el humanismo.

De todos los poetas líricos y dramáticos ha sido Sófocles quien expresó mejor el culto del hombre y su profunda admiración por él, en el magnífico coro de Antígona, cuando el guardia anuncia a Creón, loco de rabia, que había sido enterrado el cuerpo de Polinice. Este texto corresponde a los vv. 332-395.

*" Hay muchas maravillas en este mundo
ninguna más grande que el hombre.
Es quien sabe atravesar el mar gris, a la hora
en que sopla el viento del Sur y sus tormentas,
y quien sigue su camino en medio de abismos
que le abren las olas encrespadas.*

*Es el ser que atormenta a la diosa augusta
entre otras, la Tierra.
La tierra eterna e infatigable con sus surcos
que reciben cada año la semilla sin replicar,
el hombre es quien la labra...*

*Los pájaros aturdidos a los que coge, en sus mallas,
a los animales del campo y a los peces
que pueblan los mares,
el hombre de espíritu ingenioso.*

*Con sus industrias amaestra al animal salvaje
que corre por los montes, y llegado el momento
someterá el caballo al yugo;
y acariciará sus crines.
y del infatigable toro de las montañas.
Palabra, pensamiento rápido como el viento.
aspiración de donde nacen las ciudades. todo esto.
él se lo ha enseñado a él mismo haciéndole un experto.*

*...Bien armado contra todo, no se ve desarmado
contra nada de lo que puede ofrecer el porvenir.
Sólo está indefenso ante la muerte.
no posee el encanto que le permita escapar de ella,
aunque haya sabido defenderse contra las enfermedades
imaginando remedios.*

*Pero, aunque dueño de un saber
cuyas ingeniosas fuentes sobrepasan toda esperanza.
puede emprender rápidamente el camino del mal o del bien.
Una parte de este saber es el respeto a las leyes
de su ciudad y a la justicia de los dioses,
a la que jura fidelidad!
Subirá entonces muy alto en su ciudad.
mientras que se excluye de ella
el día que se deja contaminar por la culpa.*

*¡Ah!, si eso ocurre. ¡que no tenga entonces parte
en mi hogar y entre mis amigos
si así se comporta!”.*

Para Protágoras y los sofistas “*el hombre es la medida de todas las cosas*” (Platón Teeteto, 152); la primera y más célebre fórmula del relativismo y del pragmatismo.

Para Platón el hombre es “*planta celeste*” (Timeo, 90).

Aristóteles comienza así su *Metafísica*:

“*Todo hombre tiene un deseo natural de saber*”.

El trabajo fundamental del hombre consiste en sacar el mejor partido posible a su naturaleza, tender a la areté, del espíritu, de la inteligencia, de la razón. El deseo apasionado de saber, el epos de la filosofía es innato en el hombre, según el estagirita.

Pero también nos va a decir que en la areté nada es fijo ni estático, ni definitivamente conseguido, puesto que se trata de un ideal, hacia el que el hombre tiende. El vocablo areté, uno de los más difíciles de explicar en su verdadero sentido, al igual que *logos*, es equivalente al vocablo latino *virtus*. Cada hombre ha de tender a su areté, a su virtud de hombre, independientemente de sus dones propios y de sus preocupaciones particulares.

Los griegos nos han transmitido el espíritu científico y el espíritu de libertad; el amor al saber por el saber mismo y el afán de investigación; la confianza en la razón humana para descubrir la verdad en el mundo de las realidades materiales y en el universo moral; la posibilidad del pensamiento abstracto y la tendencia a comparar y extraer conclusiones.

La alta estimación de los valores morales preside también la cultura desde las primeras manifestaciones literarias griegas.

Los valores morales que exaltó la antigüedad conservan casi intacta su vigencia, constantemente proclamados por una literatura cuyas fuentes se remontan a las fuentes griegas y romanas. Las páginas de cualquier gran escritor romano presentan un catálogo casi completo de virtudes: estrictamente personales unas, y políticas, o relacionadas con la vida pública otras. Hay deberes morales respecto de los dioses, de los padres, de la patria que determinan las diversas manifestaciones de la *pietas*, característica principal del héroe virgiliano de la Eneida. Hay deberes respecto de los otros hombres, incluso los ajenos al orden jurídico y moral de Roma: la palabra dada al enemigo, obliga en virtud de la *fides* que en ella se ha empeñado.

Los investigadores de la literatura y del pensamiento antiguos han podido estudiar detalladamente las sucesivas y reiteradas traslaciones de este universo moral a la tradición cristiana. Es por medio de ésta, principalmente, como han llegado hasta nosotros venciendo el peso de los siglos.

No olvidemos, sin embargo, que el origen de estos principios intelectuales fueron poéticos. Como se ha escrito "*La cuna histórica de la cultura griega fue mecida por los poetas. Varios siglos después de ella Platón*

proclama que Homero había sido el pedagogo de la Hélade". En las grandes obras antiguas existe ciertamente un contenido material, tomado de la realidad humana o un punto de partida histórico, el poeta lo elabora a través del arte; el lector atraído por el ritmo y por la melodía pasa del orden de los acontecimientos singulares al orden universal del sentido y el destino de la vida y hasta al orden abstracto y conceptual de la filosofía.

El humanismo implica pues, el cultivo individual, puesto que se basa en perseguir una perfección individual; pero al tiempo hay que afirmar que es imposible acceder a ella sin un ideal de humanidad, y sin un entorno social.

■ VARIACIONES EN EL HUMANISMO, EN SU RECORRIDO POR LOS SIGLOS

El ideal del humanismo clásico varía según los siglos. Son los escritores quienes lo van definiendo.

En los siglos pasados hubo humanismo cada vez que los escritores retornaron a los clásicos, en busca de fuentes de inspiración.

Hubo un renacimiento en el mundo oriental del siglo IV d. C., en los escritos de Atanasio, Basilio, Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno que añadieron al humanismo clásico la sabiduría y espiritualidad cristianas. También lo hubo en occidente con San Agustín, cuando iba a desaparecer el imperio romano, realizándose una síntesis del mundo clásico y la cultura cristiana.

En el siglo IX, en la época de Alcuino y de Carlomagno, en occidente se conoció el renacimiento carolingio de la antigua literatura latina; paralelamente florece en oriente el renacimiento griego, bajo la dirección de famosos humanistas. Sin estos dos renacimientos quizá hubiéramos perdido el legado de escritores griegos y latinos.

Hubo también un renacimiento en el siglo XII, cuando se redescubrió la tradición científica griega al traducirse al latín la obra de Tolomeo, Galeno, Hipócrates, Euclides, etc. El redescubrimiento de la filosofía de Aristóteles pertenece a este movimiento que llega a su apogeo en el siglo XIII, a través de las traducciones árabes, que a su vez pasaron al latín introducidas en Europa por Sicilia y España. También mediante los judíos de

El trabajo fundamental del hombre consiste en sacar el mejor partido posible a su naturaleza, tender a la areté, del espíritu, de la inteligencia, de la razón. El deseo apasionado de saber, el epos de la filosofía es innato en el hombre, según el estagirita.

Pero también nos va a decir que en la areté nada es fijo ni estático, ni definitivamente conseguido, puesto que se trata de un ideal, hacia el que el hombre tiende. El vocablo areté, uno de los más difíciles de explicar en su verdadero sentido, al igual que *logos*, es equivalente al vocablo latino *virtus*. Cada hombre ha de tender a su areté, a su virtud de hombre, independientemente de sus dones propios y de sus preocupaciones particulares.

Los griegos nos han transmitido el espíritu científico y el espíritu de libertad; el amor al saber por el saber mismo y el afán de investigación; la confianza en la razón humana para descubrir la verdad en el mundo de las realidades materiales y en el universo moral; la posibilidad del pensamiento abstracto y la tendencia a comparar y extraer conclusiones.

La alta estimación de los valores morales preside también la cultura desde las primeras manifestaciones literarias griegas.

Los valores morales que exaltó la antigüedad conservan casi intacta su vigencia, constantemente proclamados por una literatura cuyas fuentes se remontan a las fuentes griegas y romanas. Las páginas de cualquier gran escritor romano presentan un catálogo casi completo de virtudes: estrictamente personales unas, y políticas, o relacionadas con la vida pública otras. Hay deberes morales respecto de los dioses, de los padres, de la patria que determinan las diversas manifestaciones de la *pietas*, característica principal del héroe virgiliano de la *Eneida*. Hay deberes respecto de los otros hombres, incluso los ajenos al orden jurídico y moral de Roma: la palabra dada al enemigo, obliga en virtud de la *fides* que en ella se ha empeñado.

Los investigadores de la literatura y del pensamiento antiguos han podido estudiar detalladamente las sucesivas y reiteradas traslaciones de este universo moral a la tradición cristiana. Es por medio de ésta, principalmente, como han llegado hasta nosotros venciendo el peso de los siglos.

No olvidemos, sin embargo, que el origen de estos principios intelectuales fueron poéticos. Como se ha escrito "*La cuna histórica de la cultura griega fue mecida por los poetas. Varios siglos después de ella Platón*

proclama que Homero había sido el pedagogo de la Hélade". En las grandes obras antiguas existe ciertamente un contenido material, tomado de la realidad humana o un punto de partida histórico, el poeta lo elabora a través del arte; el lector atraído por el ritmo y por la melodía pasa del orden de los acontecimientos singulares al orden universal del sentido y el destino de la vida y hasta al orden abstracto y conceptual de la filosofía.

El humanismo implica pues, el cultivo individual, puesto que se basa en perseguir una perfección individual; pero al tiempo hay que afirmar que es imposible acceder a ella sin un ideal de humanidad, y sin un entorno social.

■ VARIACIONES EN EL HUMANISMO, EN SU RECORRIDO POR LOS SIGLOS

El ideal del humanismo clásico varía según los siglos. Son los escritores quienes lo van definiendo.

En los siglos pasados hubo humanismo cada vez que los escritores retornaron a los clásicos, en busca de fuentes de inspiración.

Hubo un renacimiento en el mundo oriental del siglo IV d. C., en los escritos de Atanasio, Basilio, Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno que añadieron al humanismo clásico la sabiduría y espiritualidad cristianas. También lo hubo en occidente con San Agustín, cuando iba a desaparecer el imperio romano, realizándose una síntesis del mundo clásico y la cultura cristiana.

En el siglo IX, en la época de Alcuino y de Carlomagno, en occidente se conoció el renacimiento carolingio de la antigua literatura latina; paralelamente florece en oriente el renacimiento griego, bajo la dirección de famosos humanistas. Sin estos dos renacimientos quizá hubiéramos perdido el legado de escritores griegos y latinos.

Hubo también un renacimiento en el siglo XII, cuando se redescubrió la tradición científica griega al traducirse al latín la obra de Tolomeo, Galeno, Hipócrates, Euclides, etc. El redescubrimiento de la filosofía de Aristóteles pertenece a este movimiento que llega a su apogeo en el siglo XIII, a través de las traducciones árabes, que a su vez pasaron al latín introducidas en Europa por Sicilia y España. También mediante los judíos de

España, del norte de Africa y de Sicilia, a través de los monasterios de Calabria, donde una importante población griega vivió durante toda la Edad Media.

Se introdujo y se conservó la erudición griega antes de que llegaran los eruditos a Italia, después de la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453.

Pero la gran puesta en circulación del humanismo clásico sucederá en los siglos XV y XVI. Se redescubre la filosofía de Platón, de Zenón y de Epicuro. Se conocen muchas obras científicas griegas, sobre todo a Homero, a los poetas líricos y dramáticos, a los historiadores, a Plutarco, a los oradores áticos.

Sin el humanismo clásico renacentista apenas se explicaría el talante de la Europa moderna y contemporánea.

Los humanistas fueron los autores del Renacimiento; conocedores y lectores de los clásicos que inspiraban, en el mejor sentido de la palabra, sus obras. Toda la preceptiva renacentista habla de la presencia de los clásicos. Su teoría de la *imitatio* o de la *recreatio* es altamente significativa.

■ EL CONCEPTO DE HUMANISMO ELABORADO EN EL SIGLO XIX

Pero ¿en qué sentido se puede hablar de humanismo en la literatura actual?

Hay que retomar el término humanismo en la acepción utilizada en el siglo XIX. Si la cultura es en principio cuestión de la inteligencia, el humanismo es cuestión del espíritu y puede entenderse como doctrina filosófica que indica el sentido de una cultura.

El concepto, desde el final del setecientos hasta nuestros días, ofrece en Alemania tres posturas distintas, que se pueden puntualizar y resumir en los nombres siguientes: Schiller, Burckhart y Jaeger: optimismo del reino humanístico de la belleza y de la libertad en el caso de Schiller; pesimismo de la *humanitas* como oposición a lo irracional histórico en Burckhart; fe esperanzada en la validez político-educativa del mismo humanismo en Jaeger; es decir el humanismo como educación de los hombres para una plenitud mayor por medio del dominio de sí mismos y del pensamiento científico.

Sustancialmente el concepto es siempre el mismo: aquello formal ético-ontológico en torno a la naturaleza humana, según la tradición clásica.

Para Giovanni Gentile, sin embargo, (RIGOBELLO, A., *L'itinerario speculativo dell'umanesimo contemporáneo "Quaderni dell' Instituto di Pedagogia"*, Liviana Editrice in Padova, 1958) el ideal de la humanitas contemporánea no es la antigua Grecia, dominada por el intelectualismo naturalista, sino lo que de la antigua Grecia ha pasado a la cultura de occidente, a través del humanismo italiano del quattrocento. La concepción de un humanismo moderno se funda sobre la filología humanístico-renacentista más bien que sobre Grecia. Un humanismo hoy no puede prescindir del replanteamiento cristiano de Grecia, afrontado por los humanistas italianos del quattrocento, en donde estaban los gérmenes del mundo moderno.

■ *EL HUMANISMO Y LA LITERATURA EN EL SIGLO XX*

El siglo XX se abre con una gran proliferación y resurgir de humanismos: el marxista, el personalista de E. Mounier. El concepto de persona comporta todo un horizonte ético y una devoción por los valores. El humanismo de Mounier significa un esfuerzo por conciliar los valores humanistas tradicionales y el historicismo, modificando el concepto de historicismo.

El humanismo marxista, como humanismo de la lucha por librarse de la alienación, encuentra un desarrollo impensado en J-P.Sartre. Apoya sus raíces este humanismo en el plano fenomenológico contemporáneo. La naturaleza no es un concepto universal ético-metafísico, sino el concepto universal es el hecho de que todos los hombres se encuentran en situación.

A J.Maritain debemos la precisión sobre qué es humanismo. Una de sus características esenciales en el siglo XX es el hecho de ser portador de grandes ideales civiles: la dignidad humana, la libertad, la justicia, la solidaridad. Estos ideales civiles, no en Maritain, sino en otros autores contemporáneos se situaron, sin embargo, en un horizonte donde la metafísica no tiene sentido. Por ello, al humanismo contemporáneo de estos autores que prescinden del horizonte metafísico se le ha calificado de humanismo inhumano y su dialéctica se configura como la tragedia del humanismo.

De otra parte, también hoy existe, en obras y autores, un humanismo integral, que presenta un ideal humanístico de concepción metafísica del hombre, tal y como ha sido elaborado por la tradición clásica.

■ HUMANISMO Y LITERATURA ACTUAL

El humanismo es una síntesis abierta que hay que repensar continuamente. Son humanistas quienes ven la condición del hombre tal cual es, y buscan las vías de una acción positiva. Los escritores de la desesperanza, en nuestro tiempo, al hacer caer las ilusiones han cumplido una misión purificadora. Pero entre la desesperanza y el optimismo sin fundamento se encuentra la síntesis realista.

Puesto que el humanismo implica una doble e indisoluble fidelidad: a la historia y al espíritu, es perfectamente lógico que la literatura del siglo XX sea una de las expresiones posibles del humanismo, que busque la verdad del hombre, que le dibuje tal cual es, sin olvidar el deber ser, que describiendo la fragilidad y el sufrimiento de su condición muestre, al tiempo, su grandeza.

Y esto ocurre así en la novela, en la poesía y en el teatro. Expresar la existencia sin deformarla, pero esclarecerla a través de los elementos que le dan un sentido, encontrar lo universal a través de lo particular o singular es algo que, como veremos, se da en la literatura actual.

La obra literaria y más particularmente la obra de ficción se alimenta de la vida, pero la recrea, y sobrepasa la realidad para mejor abarcarla. Situada más allá de la comunicación estrictamente utilitaria y de la información pura, es voz humana portadora de verdad, que dialoga con los hombres y encuentra en ellos lo que tienen de más personal. Gratuita, sin embargo, no es inútil, porque se sitúa en el punto de partida de una experiencia apasionadamente vivida de la condición humana, que llama a un esclarecimiento del hombre en este proceso perfectamente abierto y nunca definitivamente cerrado.

La literatura es expresión de humanismo en cuanto que enseña "a gozar más de nuestro ser, a ver mejor el mundo y a dialogar mejor con los otros".

Este es el sentido de la definición de literatura dado por Charles Du Bos: "La vida y la literatura están unidas la una a la otra; son interdependientes...La literatura es ante todo la vida tomando conciencia de ella misma, cuando en el alma de un hombre de genio recibe su plenitud de expresión".

Para los que entienden la literatura como expresión de lo humano la estética sola no basta. Es necesario llegar al gran arte donde se dan dos elementos indisolubles: la materia de la obra y la manera de expresarla. Un tema bello no constituye sólo un libro de calidad, pero no todos los temas son equivalentes.

Pierre-Henri Simon (*Qu'est-ce que la littérature*, Friburgo, Libraire Antoine Dousse, 1996, pp. 16 y ss.) distingue tres órdenes de grandeza en la obra literaria: la de la perfección, la de la originalidad y la del valor espiritual. Para él no existe un gran novelista, ni una gran obra literaria si no se sitúan en la intersección del plano de la existencia con el plano de los valores. Sin referencia a un absoluto no hay poesía ni tampoco nada trágico. Es preciso mantener constantemente la tensión entre el absoluto y la libertad del hombre, entre el espíritu y la historia. Por ello P-H. Simon habla de estilo del escritor como el instrumento empleado por éste para expresar la verdad humana. En este sentido utiliza también el término estilo el novelista español Francisco Ayala. Tener un estilo, según esto, es fundamentalmente tener una manera de mirar las cosas y la vida, un modo de sentir y de actuar, de ser ante el mundo y de encontrar un lenguaje personal para expresarlo. El estilo es algo más que tener un lenguaje personal; mas, en todo caso, que las cualidades de la escritura, aunque estas sean necesarias; las trasciende en cuanto que abarca, sin distinción entre forma y contenido, la personal visión del hombre y del mundo.

■ HUMANISMO Y COMUNICACIÓN EN LA NOVELA

Los grandes temas existenciales, unos presentes siempre y otros con las modalidades de nuestro tiempo, han sido elaborados por cuatro siglos de novela, desde que Cervantes escribiera *El Quijote*.

La novela ha descubierto por sus propios medios por su propia lógica los diferentes aspectos de la existencia. Con los contemporáneos de Cervantes se pregunta qué es la aventura. Un género éste el de aventuras de nuevo redescubierto por la novela actual. En el siglo XVIII con Samuel Richardson se empieza a examinar lo que sucede en el interior de los personajes, para dar comienzo la novela psicológica; con Balzac descubre el arraigo del hombre en la historia; con Flaubert explora la tierra hasta entonces desconocida de lo cotidiano; con Tolstoi se acerca a la intervención de lo irracional en las decisiones y comportamientos humanos.

El análisis del tiempo, buscando el inalcanzable momento pasado tiene lugar en la obra de M. Proust. El misterio inalcanzable del momento presente se muestra en el Ulises de J. Joyce; Th. Mann se ha interrogado por el papel de los mitos, que desde el fondo de los tiempos dirigen los pasos humanos, etc.

Milan Kundera, en su obra *El arte de la novela*, Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 16 y ss. afirma que "la novela que no descubre una parte de la existencia es inmoral. El conocimiento es la única moral de la novela.

En la novela española actual, la que se ha escrito a partir de los años setenta, se manifiestan unas tendencias que definen el signo de la comunicación y del humanismo de nuestra época. Nuestro siglo ha resucitado la novela histórica con el propósito de enjuiciar, a la luz del pasado, nuestro presente. Dentro de esta tendencia hay que referirse también a la novela que utiliza el pasado como medio de esclarecer el desarrollo de la aventura existencial del hombre.

Una consecuencia de la influencia del periodismo en la literatura se advierte en el auge de lo que se ha llamado "novela de testimonio histórico". Se trata de una escritura que se encuentra a medio camino entre la ficción y el reportaje.

La novela de la memoria, cultivada por recentísimos autores parte de la concepción de que vivimos en cuanto recordamos. La conciencia de nuestro existir se asienta en el recuerdo, la memoria, que a su vez expresa, por la elaboración ficticia, nuestro modo de ver el mundo y el hombre.

■ *COMUNICACIÓN Y HUMANISMO EN LA POESÍA ACTUAL*

Si el género narrativo es camino de conocimiento del hombre y del mundo contemporáneos, es la poesía el género que como se decía al principio posee un índice mayor de concentración comunicativa.

Por vía de ejemplo y para concluir me voy a referir a una composición del poeta expresionista alemán George Trakl, titulada "*Tarde de invierno*", una brillante metáfora de la existencia humana.

Ya el título se refiere, simbólicamente, a la existencia, descrita desde la sensibilidad del expresionismo, como un momento de decadencia, la

tarde, no el mediodía, y de invierno, en cuanto este anuncia la muerte, simbolizada en el letargo invernal.

*"Cuando cae la nieve en la ventana,
Largamente la campana de la tarde resuena.
Para muchos está preparada la mesa
Y bien provista la casa.*

*En el caminar algunos
Llegan al umbral por senderos oscuros.
Dorado florece el árbol de la gracia
De la savia fresca de la tierra.*

*Entra caminante en silencio;
El dolor petrificó el umbral.
Y luce en pura luz
En la mesa pan y vino."*

El poema está configurado en tres estrofas. Su versificación y rima se dejan determinar con precisión según las normas de la métrica y de la poética. El contenido del poema es comprensible. No hay palabra que, tomada en sí misma, sea desconocida o poco clara. Con todo algunos versos resultan extraños, como el tercero y el cuarto de la segunda estrofa:

*"Dorado florece el árbol de la gracia
De la savia fresca de la tierra".*

*Así mismo sorprende el segundo verso de la tercera estrofa:
"El dolor petrificó el umbral".*

Sin embargo, los versos señalados muestran la particular belleza de las metáforas empleadas. Esta belleza acentúa el encanto del poema y subraya la perfección estética de la obra de arte.

El poema describe una tarde de invierno. La primera estrofa narra lo que sucede en el exterior: cae la nieve y resuena la campana de la tarde. Lo exterior roza el interior de la morada humana. La nieve cae en la ventana. La campana se hace oír en cada casa. En el interior todo está bien provisto y preparada la mesa.

La primera estrofa nombra a la nieve que cae sin ruido en la ventana, mientras que el día declina y la campana de la tarde resuena. Cuando

nieve de este modo todo lo que tiene duración dura más. Por ello dobla largamente la campana de la tarde.

En la segunda estrofa nace un contraste. Frente a los muchos que están amparados en casa, otros caminan por oscuros y desolados senderos. Pero estos, quizás escarpados senderos, llevan, a veces, al umbral de la morada acogedora. Metáfora del viaje de la vida, y de las distintas suertes de los mortales, aunque todas lleguen a ese umbral, límite de la existencia terrena.

*Y es aquí cuando de repente aparece la bella imagen de,
"Dorado florece el árbol de la gracia
De la savia fresca de la tierra".*

El árbol está genuinamente enraizado en la tierra. Así crece hacia el florecimiento abriéndose a favor del cielo. Es invocada la erección del árbol. Esta mide a la vez la embriaguez del florecimiento y la sobriedad de las savias nutritivas. Crecimiento retenido de la tierra y prodigalidad del cielo pertenecen a su mutua unidad.

El poema nombra al árbol de la gracia. Su genuino florecimiento resguarda la fruta inmerecida: es decir, lo sagrado que salva y es favorable a los mortales.

La tercera y última estrofa comienza con una invocación:
"Entra caminante en silencio".

Le invita a que pase por el umbral irremediable de la muerte. Y le dice que, *"el dolor petrificó el umbral"*. Pero una vez traspasado

*"Luce en pura luz"
En la mesa el pan y vino".*

Claramente alude a una vida más allá de la terrena, en la que al humano le está preparado un banquete.

Terminemos con esta visión trascendente de la vida humana, en la palabra de uno de nuestros poetas contemporáneos.

